

Gonzalo Torrente Ballester

Los gozos y las sombras

2. Donde da la vuelta el aire

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 1972
Tercera edición: 2017

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Ilustración: © Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Gonzalo Torrente Ballester, 1960, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1972, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-578-6 (O. C.)
ISBN: 978-84-9104-576-2 (Tomo 2)
Depósito legal: M. 36.362-2016
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

A Josefina

Capítulo 1

El episodio de las botellas rotas sorprendió por lo imprevisto —a nadie se le hubiera ocurrido jamás que Cayetano se metiera en semejante fregado—; pero, al mismo tiempo, la naturaleza del episodio, la diversidad de sus partes y sus consecuencias aparentes llenaron a la gente de confusión y de curiosidad legítima por conocer los trámites reales del suceso. Cayetano atravesó el pueblo, a media noche, con su automóvil, y salió por el Sur, hacia la carretera de Pontevedra. Regresó sobre las siete y media de la mañana por la misma carretera, y alguno que le alcanzó a ver en el camino dijo que el coche venía echando chiribitas. Se duchó luego, desayunó, y a las ocho en punto, a toque de sirena, estaba a la puerta del astillero con la pipa en la boca, la boina puesta y las manos en los bolsillos, tan campante y como si nada. Después fue hacia las gradas, a dirigir el trabajo, hablando en inglés al capataz.

El Eco del Noroeste lo trajeron a las diez. Alguien, en la oficina, hizo un alto en el trabajo y leyó los titulares, como siempre. Pero aquella mañana, en vez de comentar en voz alta las noticias políticas, pasó el diario a un compañero, con secreto; y el compañero leyó tan sólo el suelto titulado «También hay un señoritismo de izquierdas»: un suelto a doble unida, en negritas y con subtítulo: «Repugnante espectáculo dado en un café cantante por un millonario socialista». «¿Crees que es él?», «¡Toma! Verde y con asas». Siguieron trabajando, pero el diario corrió por todas las mesas de la oficina y los comentarios se hicieron al oído. Aque-

lla mañana esperaban con ansia el toque meridiano de la sirena para salir a la calle y desahogarse. Unos se metieron en la taberna, otros marcharon en grupo, y el jefe de Contabilidad, Martínez Couto, buen empleado, aunque cornudo consentido –quizá una cosa a causa de la otra, o viceversa–, se coló en el Casino a ver si alguien le preguntaba algo. No iba nunca, solían tomarle el pelo; pero lo excepcional de la situación autorizaba la excepción. Nadie se sorprendió al verle entrar; más bien lo consideraron natural, e incluso necesario, y en seguida cayeron sobre él y lo asaron a preguntas. Pero Martínez Couto no sabía nada. En realidad, venía a comentar.

Por el temor de que Cayetano los cogiera con la palabra en la boca, se pusieron vigías en la puerta, turnados con sigilo cada cuarto de hora, para avisar cuando le viesan aparecer por el cabo de la calle; pero no apareció. Hacia las doce y media llegó don Lino, y un poco más tarde, el boticario. Hasta entonces se había llegado a la conclusión de que la rotura de ciento cincuenta botellas en un café cantante era una hazaña, pero todos consideraban la noticia insuficiente. Se apetecían detalles y, sobre todo, matices. Don Lino se negó a conceder al hecho cualquier carácter excepcional. Según su punto de vista, se trataba de una maniobra política de *El Eco del Noroeste*, repugnante libelo de derechas, que, sin duda, exageraba la verdad, un punto mínino de verdad, la rotura de una sola botella, y aprovechaba el incidente para desacreditar a Cayetano ante la clase trabajadora. Don Baldomero, en cambio, sin saber por qué, se inclinaba a creer que la rotura de las botellas, en la cifra dada por *El Eco...*, hubiera constituido una diversión de Cayetano, y como don Lino le acosara exigiendo el fundamento razonable de su convicción, el boticario tuvo que declarar su fe absoluta en las aseveraciones de *El Eco del Noroeste*, que salía con censura episcopal casi directa, y que podía haber exagerado en los adjetivos, pero

que era incapaz de mentir en la sustancia del hecho y, sobre todo, en la cuantía de las botellas rotas. La tesis de don Lino tuvo pocos seguidores; ninguno la del boticario. A la hora de comer no habían llegado a un acuerdo. La cuestión quedaba en el aire. La discusión se aplazó para la hora del café.

Vino más gente que nunca. El chico de los recados se entretenía en colgar por las paredes guirnaldas de papel para un baile que se preparaba, y acabó mucho antes de lo pensado, porque todo el mundo le ayudó. El juez barajaba las cartas del tresillo; el médico hacía con las fichas del dominó efímeros castillos. Don Lino sostenía su tesis machaconamente, y el boticario la suya; pero nadie jugaba. Llegó Carreira, el dueño del cine, con un montón de fotografías en las que Jean Harlow, escasa de ropa, aparecía en posturas y actitudes seductoras: corrieron de mano en mano sin despertar el habitual entusiasmo —salvo, si acaso, la exclamación irreprochablemente admirativa de don Baldomero—. En seguida se volvió al tema: hasta que el vigía entró corriendo y anunció que Cayetano subía ya la calle hacia el Casino. Se improvisaron las partidas, para afectar normalidad. Sólo don Baldomero quedó en su mecedora, impertinente, junto a Carreira, que insistía en dar más importancia a las piernas de Jean Harlow, siquiera fuese porque el número de personas preocupadas por ellas excedía bastante al de las que se cuidaban de las juergas de Cayetano; y porque Jean Harlow pertenecía al mundo entero, y Cayetano era apenas propiedad de Pueblanueva. El amo entró tranquilamente, preguntó al chico por qué colgaba guirnaldas, dejó en el perchero la boina y el impermeable, y pidió café. Le saludaron como siempre, y si don Baldomero no interviene, la cosa se hubiera dilatado. Pero don Baldomero sacó la conversación, mentó el suelto de *El Eco*, y don Lino, por orden de Cayetano, tuvo que leerlo en voz alta, temblorosa y atropellada: a cada insulto levantaba la vista

y pidió perdón a Cayetano, que sonreía. Cayetano no se irritó. Pidió una conferencia telefónica y se puso a hablar con el presidente de la entidad bancaria que sostenía económicamente *El Eco*. Le habló de tú a tú; le habló con altanería y seguridad. En resumen: que le amenazó con retirar del Banco sus fondos y negociar con otro Banco, si *El Eco* no completaba la noticia y enteraba a sus lectores de que «el millonario socialista, después de la aventura de las botellas, había pasado la noche con dos mujeres y las había dejado satisfechas». En este momento, don Baldomero dejó de sonreír, y en su rostro cuajó una mueca admirativa. Y los presentes dijeron todos lo mismo, en voz más o menos baja:

—¡Qué tío!

Indudablemente, con la segunda parte, la hazaña quedaba mucho más completa, y Cayetano la redondeó al asegurar que había regresado a una media de ochenta, que en la recta de Caldas había alcanzado los ciento veinte, y que no le habían fallado los reflejos ni una vez. Alguien rio... y tuvo que echar un pulso con Cayetano, que estaba dispuesto a contender con todos. Nadie aceptó el desafío.

Pero no por el hecho de quedar la aventura redondeada resultaba más clara. Emparejados a la salida del Casino, el boticario y el maestro se expusieron sus puntos de vista, que sólo coincidían en reconocer un fondo de misterio —para el maestro, ni siquiera eso, sino sólo un último dato incógnito—. Don Lino se negaba a aceptar que Cayetano, políticamente responsable, se jugase su reputación con un acto de señoritismo: «A mi razón, decía, no le bastan las apariencias. Mi razón exige poner en claro lo misterioso, porque lo misterioso no existe, no es más que el resultado de ignorar las causas de los efectos». El punto de vista de don Baldomero revelaba, no sólo su resignación racional ante el misterio como entidad superior a la razón, sino el convencimiento de que ciertas formas de estupidez obede-

cían a causas misteriosas que nunca podrían ser dilucidadas; pero se cuidó de especificar que no toda la aventura de Cayetano le parecía estúpida, y que alguna de sus partes le despertaba una admiración molesta e involuntaria, pero indudable; «porque, amigo mío, ¿cuántos años hace que usted y yo somos incapaces de contentar a dos mujeres?». Cuando se separaron, el boticario se dirigió al pazo del Penedo. Tuvo que detenerse en dos tabernas y beber dos vasos de vino; pero, por fin, llegó. En el zaguán, Paquito el *Relojero* le tomó el pelo y le pidió un pitillo.

Carlos se hallaba en la habitación de la torre leyendo o acaso dormitando. Escuchó el relato con atención; hizo algunas preguntas y pidió algunas precisiones. Después dijo que la aventura de las botellas no era más que el resultado de la conversación que, la noche anterior, había tenido allí mismo con Cayetano: algo así como la pública respuesta a un desafío privado. Fue entonces don Baldomero quien preguntó, y Carlos hubo de referirle la entrevista, con todos sus detalles, y cómo había terminado. Con esto, y con la explicación médica que Carlos dio, la hazaña quedó despojada de misterio, pero no por eso don Baldomero sintió disminuida la admiración por Cayetano, sino más bien incrementada con un plus de temor, porque don Baldomero creía, contra la opinión de Carlos, que aquello no era más que un comienzo, y que el pueblo entero iba a asistir a una serie continuada de hazañas semejantes, o equivalentes, o simplemente extraordinarias; que iban a ser testigos de una exhibición de poder de la que muchos —¿quiénes, señor?— serían víctimas. Las razones de Carlos, que creía conclusa la aventura y liquidadas las consecuencias del desafío, no le parecieron válidas al boticario. «¡Hace muchos años que lo conozco, don Carlos! ¡Le vi nacer, le vi crecer, y sé cómo las gasta!».

—Yo, en cambio, puedo decir que le trato hace dos meses escasos; no mucho, y le aseguro que sé su alma de memo-

ria, y que puedo predecirle con un mínimo error lo que hará y lo que dejará de hacer. Vaya tranquilo, que esto se habrá acabado.

De regreso a Pueblanueva el boticario, todos los elementos del suceso desaparecieron de su imaginación y de su memoria, y quedó sólo, hecha más de interrogantes que de certezas, la segunda de sus partes. Cayetano había dicho: «Pasé la noche con dos mujeres, Fulana y Zutana, que cantan en el café del Brasil, y las dejé satisfechas». No es que don Baldomero dudase de que fuera verdad; es que apetecía detalles con apetito famélico. Varias veces, a lo largo de aquella tarde, y por la noche, antes de dormir, intentó la reconstrucción de los hechos, pero su imaginación se reveló como instrumento insuficiente en materia pornográfica: sentía con toda claridad limitada su imaginación por su propia experiencia, incapaz de saltar a la experiencia ajena, porque él, durante toda su vida, no había pasado de satisfacer a una sola hembra, aunque esto lo hubiera hecho a conciencia. Casi entre sueños, se decidió a ir a Vigo al día siguiente. La idea del viaje le hizo despertar cada media hora: la idea del viaje, y la tos continua de su mujer, a la que recomendó una visita al médico. «Mañana voy a Vigo a comprar ciertas cosas. Si quieres vamos por Santiago, o te recojo a la vuelta». Pero doña Lucía prefería ir sola.

Cogió el primer autobús; consumió la mañana en visitas de negocios y, en seguida de comer, corrió al café del Brasil y ocupó una mesa de la primera fila. Estaba el café lleno de mozalbetes y, en el escenario, se movía una mujer. Nuria, la *Catalana*, era una furcia delgadita y movida, desvergonzada de cara, pero bonita, que cantaba con el aire más inocente del mundo cuplés francamente verdes. En uno de los números salía con una especie de pijama color salmón, cortitos los pantalones, hasta dejar los muslos descubiertos, y cantaba un estribillo que coreaba el público:

*Si con el pijama
me meto en la cama,
¿qué me pasará?
Si mi maridito
se pone nervioso,
¿me lo romperá?
Y espero que ustedes
me den su opinión:
si debo o no deeebooo
llevar pantalón.*

Se armaba un cisco de mil demonios. Cada cliente daba su consejo particular, y don Baldomero, en éxtasis cachondo, estuvo a punto de dar el suyo. Le contuvo sólo una remota conciencia de respetabilidad. Salió después Nina de Meris, que cantaba tangos. El público, a quien Nuria había excitado, se ponía ahora sentimental, y coreaba:

*... al mundo nada le importa.
Yira, Yira,
aunque te cueste la vida,
aunque te quiebre un dolor,
no esperes nunca una ayuda,
ni una mano, ni un favor.*

Bien. Don Baldomero se eximió de la psicosis colectiva porque cazó al vuelo a Nuria, la convidó a su mesa, y se gastó con ella varios duros en lo que Nuria pidió: dos o tres copas de Marie Brizard. Cuando la cupletista tuvo los cascos calientes, le fue fácil sacarle los detalles que precisaba. Quedó bastante confuso: esperaba nutrir su apetencia de matices cualitativos y se halló ante un relato en que predominaba abrumadora la cantidad, pero que, por lo demás, era de una gran monotonía. Pensó que quizá Nina de Meris, la otra protagonista, fuese más sensible que Nuria para el detalle. Espe-

ró a que el espectáculo terminase. Las convidó a champán. Nina de Meris tenía, más bien, una idea de conjunto, en que cualidad y cantidad se mezclaban en una impresión general de exaltación, satisfacción y hastío. «Fíjate tú lo aburrida que quedé, que cuando él se marchó tuve que entendérmelas con ésta, para dormir después tranquila». Don Baldomero no lo comprendió bien, pero no se atrevió a pedir explicaciones. Y aunque el recuerdo de Lesbos pasara por su mente, se resistió a aceptar su efímera resurrección en una ciudad industrial y lluviosa.

El viaje y los convites le salieron por cuarenta duros. Nina de Meris había dicho que no tenía qué hacer de cinco a siete, y que la idea de pasar la tarde sola le asustaba; pero don Baldomero no recogió la invitación por miedo a que le pidiese mucho dinero. Marchó a las cinco y cuarto a coger, por los pelos, el autobús de las cinco y media. Iba a arrancar el coche, cuando se le ocurrió comprar *El Eco*... Se llevó una decepción. El órgano de las derechas, en una nota muy visible de la primera plana –doble recuadro–, recogía velas y culpaba a un falso informador. «La verdad de los hechos es que sólo fue rota una botella, y como resultado de una apuesta inocente».

Fue de noche al Casino. Le preguntaron dónde había estado. Respondió que en Vigo. Le preguntaron qué había hecho. Respondió que pasar un par de horas en el café cantante. Desapareció inmediatamente todo interés por las partidas en marcha.

–¿Qué fue lo de las botellas?

–Pues que compró las que había en el anaquel, más de ciento cincuenta; mandó que le apartasen la mitad, y dejasen la otra en los estantes. Una socia se las iba entregando, una a una; otra socia daba señal de disparar cada diez segundos por el reloj. Entonces, con la botella que le daban, rompía una de las que había en el anaquel. Y así hasta romperlas todas.

Don Lino comentó:

–Increíble.

–Todo lo increíble que usted quiera; pero cuarenta personas que había allí le aplaudían, y hasta hubo quien apostó si fallaría el tiro cuando estuviese cansado. Y no falló ni uno solo.

–Sigo juzgándolo increíble. Y, sobre todo, innecesario.

–Mi querido don Lino, no sabe usted cómo cambia el mundo cuando uno se mete en un antro de éstos. Imagínese usted una Fulana de unos veinticinco años, delgada, mo-vida y sin pizca de vergüenza. Empiezan a tocar, y sale medio desnuda, y canta así.

Saltó al medio del salón, se recogió la chaqueta por la cintura, los pantalones por media pierna. Dio meneo a las caderas y a los brazos, y cantó con voz de tiple:

*Si con el pijama
me meto en la cama...*

Hicieron corro.

–¡A ver, a ver!

Remedó los movimientos de Nuria, terminó el estribillo.

–¡Y cincuenta sujetos pegando voces y diciéndole que se quitase los pantalones; y ella haciendo como que se los quita, pero sin llegar a quitárselos; y venga a bajarlos y a subirlos, y al bajarlos enseñaba el ombligo, y al subirlos se daba la vuelta y tiraba hacia arriba, para que viésemos el comienzo de las nalgas! ¡Y a todo esto, dale que tienes al solomillo, por un lado y otro, y moviendo las tetas, y moviéndose toda, como si ya estuviera en la cama con el marido!

Cerró los ojos.

–Todo por una setenta y cinco.

–Parece usted pagado por los curas para hacer la propaganda de los espectáculos sucios –dijo don Lino.

–Los curas no se meten en eso.

–Pero no me negará usted que defienden la prostitución.

–La prostitución se defiende sola.

Metió baza el juez.

–No se trataba ahora de eso, sino del café cantante.

Don Baldomero había quedado en medio del corro, con la chaqueta y los pantalones remangados. Guiñó un ojo.

–Había otro número en que la socia salía en camisón, y decía que se le había perdido una llave, y que a ver si alguno de los presentes le prestaba la suya.

–Habría voluntarios a repipí.

–Todos.

–¿También usted?

Don Baldomero se arregló el vestido.

–Uno ya peina canas, y sabe que ciertas cosas no pueden hacerse donde campan los mozalbetes.

–Pero usted de buena gana lo haría.

–¡A ver!

–Pues no estaría mal poner aquí un café de éstos –opinó Carreira–. Una setenta y cinco las puede gastar cualquiera.

–¿Y habló usted con las socias? –preguntó alguien.

–Lo hubiera hecho, pero para sacarles algo habría que gastarse los cuartos, y yo, la verdad, no estaba dispuesto. Una botella de champán la venden por diez duros, y es lo menos que piden las artistas cuando alternan.

–De modo que habrá que fiarse de la palabra de Cayetano.

Hubo opinantes dispuestos a la fe; otros se resignaron al descreimiento o a la duda. Don Baldomero se limitó a escuchar. No se atrevía a revelar las confidencias de Nina de Meris, pero necesitaba contárselas a alguien. Era tarde para subir al pazo del Penedo. Lo dejó para el día siguiente, y marchó a casa. Doña Lucía se había acostado, y parecía dormir. De vez en cuando, tosía un poco. Don Baldomero no pudo evitar la comparación entre el cuerpo inerte de su mujer y el de Nuria, la *Catalana*.

Dejó recado en casa de doña Mariana de que si Carlos quería tomar café con él en la botica.

Hacía una tarde desnevada, de viento frío y nubes negras, que se perdían, veloces, detrás de las montañas. Graznaban las gaviotas, y los salseros verdosos golpeaban el pretil del muelle.

Doña Lucía dijo que iba a seguir el mal tiempo, y que el baile del Casino iba a estar deslucido.

—Pero ¿vas a ir al baile?

—Tengo que cuidar de mis ovejitas.

—¡Buena estás tú con las ovejitas, y mucho vas a cuidarlas en cuanto un tío las apriete! Lo que tenías que hacer era ir al médico y meterte en la cama.

—¿Ya quieres desterrarme de la vida?

—Quiero que te cuides y no hagas disparates. No tenías que haberte levantado.

—Pues pienso ir al cine.

—¿También?

—Tengo que saber si mis ovejitas pueden ver esa película. Me han dicho que es muy fuerte.

—De antemano te digo que no pueden.

—Aun así, tengo que verla.

Le aterró la idea de meterse con ella en el cine, y pidió a Carlos que les acompañase. Carlos estaba aburrido, y de humor hosco. Dijo que bueno.

—¿Qué es lo que le sucede hoy, hombre? ¿Riñó con alguien?

—Quizá sea el tiempo.

—No me dijo lo que le pareció el cuento de Cayetano.

—Lo que usted averiguó ayer no altera en lo más mínimo mi punto de vista. Llegó a dudar de sí mismo, y necesitó convencerse de su fuerza. Nos dejará tranquilos una temporada.

—Insisto en que se equivoca.

Cuando doña Lucía supo que Carlos les acompañaría al cine, improvisó una merienda. Don Baldomero pretextó

algo de la botica, y los dejó solos. A doña Lucía se le iluminó la cara.

–Tengo que hacerle una confidencia, Carlos. Esta mañana...

Se levantó, comprobó que la puerta estaba cerrada y que la criada trabajaba en la cocina.

Antes de sentarse dijo a Carlos:

–Usted es un caballero...

Y él le respondió con un gesto.

Doña Lucía se sentó a su lado. Estuvo a punto de cogerle una mano, pero no se atrevió. Tampoco osó mirarle. Bajó la cabeza, como para ocultar el rostro.

–Esta mañana, Cayetano me salió al paso.

–¿Cómo?

–¡Es indudable que me esperaba! Jamás le ha visto nadie, a las nueve, por la carretera del monasterio. Salíamos de misa, llovía fuerte, y tuvimos que abrigarnos... Entonces pasó con su coche y se detuvo.

Levantó la cabeza, con exagerada expresión de espanto; tomó a Carlos de un brazo.

–Fíjese bien. ¡Vamos todas. Las hay bonitas, como usted sabe. Chicas jóvenes, atractivas. Inés Aldán es una verdadera belleza y, además, ¡tan distinguida! No es como esa ordinaria de su hermana... Pues bien: nos invitó a subir al coche, y se las compuso para que yo me sentase a su lado...

–Parece natural. Es el lugar de honor.

–Y el de peligro. Por eso acepté. Me dio miedo que cualquiera de mis ovejitas pudiera estar unos minutos al lado del demonio.

Hizo una pausa breve.

–Porque Cayetano es el verdadero demonio.

–En eso, al menos, está usted de acuerdo con su marido.

–Vinimos poco a poco, con el pretexto de que la carretera está mala, pero, en realidad, para alargar el tiempo.

–¿Y qué?

–Me dijo que mañana me sacaría a bailar.

Dio énfasis trágico a las palabras, y se quedó mirando a Carlos, sin soltarle el brazo.

–A mí. A una pobre mujer casada y enferma. ¡A una tuberculosa! Porque yo, don Carlos, estoy tuberculosa...

Le asomaron las lágrimas.

–¿Qué va a pasar mañana en el baile, don Carlos?

–Que Cayetano la sacará a bailar.

–¿Y mi marido? ¿No piensa usted en lo que hará mi marido?

–Nada, supongo. Todo lo más, mirar.

–¡Nada! ¡Qué mal conoce usted a Baldomero! Me tiene abandonada; pero si Cayetano intenta bailar conmigo, habrá un escándalo.

Se decidió, por fin, a cogerle las manos.

–Yo se lo imploro, Carlos. Contenga a mi marido, evite la tragedia.

–No pensaba ir al baile.

–¡Vaya usted, por favor! Baldomero le tiene mucho respeto. Si usted le dice que en los países civilizados una dama puede bailar honestamente con un caballero que no sea su marido, le hará caso. Incluso puede usted, si quiere...

Titubeó.

–... puede usted sacarme también a bailar. ¡Hágalo, se lo suplico! Así no llamará la atención de nadie que me saque después Cayetano.

Le soltó las manos y se apartó un poco sin mirarle.

–... en el caso de que usted quiera hacerme el honor de bailar conmigo y si mi enfermedad no le causa repugnancia...

Se tragó un sollozo. Carlos le aseguró que bailarían con ella.

Evidentemente había algo de gata en la cara de Jean Harlow, algo de gata en celada; pero Lucía no lo consideraba como razón suficiente para que Carlos mantuviese la vista clavada

en la pantalla. Otra cosa era su marido, al que un palo con faldas bastaba para encandilar. Un palo con faldas. Bueno, no. Ella podía considerarse como un palo con faldas y ya no encandilaba a su marido. No pasaba de un decir. A su marido le gustaban las mujeres llenitas; le gustaba, desde luego, Jean Harlow. No había más que mirarlo de refilón: tenía los ojos saltones y alargaba hacia adelante el labio superior, mientras clavaba los dedos en el brazo de la butaca. También eran ganas de engañarse: el brazo de la butaca es duro, y no puede de ninguna manera sustituir a las piernas, o a lo que sea, de Jean Harlow. Pero los hombres son así de ilusos. Van al cine dispuestos a creer que lo que ven es cierto...

Jean Harlow estaba casada y se llevaba mal con su marido. Quería divorciarse. ¡La muy pécora! Era de esas que piensan que lo acabado, acabado, y ahí queda eso, como si no hubiera moral; y, luego, vuelta a empezar. Se puso inmediatamente de parte del marido, y le duró la parcialidad unos minutos: hasta que Jean Harlow entró en un salón de té muy recatado y se sentó junto a un hombre guapo y viril, que la trataba con respeto y amor. Doña Lucía, contra su voluntad, comenzó a explicarse que a Jean Harlow le apeteciese cambiar de hombre. No estaba bien, pero había sus razones... El sujeto era guapo, tenía un mirar romántico, y trataba a Jean Harlow con ternura. Doña Lucía se conmovió. «¡Ternura! ¡Eso lo desconocen los hombres españoles! ¡No piensan más que en la carne, y una agradece el cariño mucho más que el placer!». La pareja salió del salón de té y entró en un automóvil. Era de noche, y las calles de Nueva York rutilaban. Sobrevino un atasco, el coche se detuvo y, ¡zas!, el hombre cogió a Jean Harlow por la cintura y la besó en la boca. ¡Dios mío con qué delicadeza! Jean Harlow estaba desprevenida; doña Lucía, también. El beso le sacudió los nervios hasta la punta de los pies y, de repente, se sintió invadida y arrebatada, sintió como si el cuerpo de Jean Harlow, todavía abrazada, todavía estremecida, se sa-

liese de la pantalla y envolviese el suyo, lo asumiese y lo llevase consigo, incorporado al beso, al abrazo y a la ternura del galán. A partir de este momento, doña Lucía vivió dentro del cuerpo de Jean Harlow y, poco a poco, fue sintiéndolo suyo, gozosamente ensanchada, como si el cuerpo nuevo fuese un molde que hubiese de llenar, hasta que las caderas, los pechos, los brazos y las piernas coincidiesen, hasta que los dos cuerpos, rotas las esclusas misteriosas de su ser, fuesen regados por la misma sangre y los animase la misma salud. Se recogió en sí misma y asistió a su propia transformación, a su propio arrebató. No estaba allí, convocada por su marido y por el amigo de su marido, sino hecha luz en la pantalla. Sus ojos abiertos sorbían las imágenes que, en su interior, se trasmudaban en vida propia y la hacían reír, llorar, gemir o desvanecerse de dicha. Se olvidó de sí misma.

.....

–¡Vamos, que ha terminado! –dijo don Baldomero, y la cogió del brazo.

–¡No me toques!

Se levantó con brusquedad y apartó la mano de su marido. La apartó como un niño hubiera apartado el alfiler que amenaza la superficie tersa del globo colorado. Se sentía metida en un cuerpo lleno y transido, y temía que algo le despojase, que la dejaran con su antiguo ser enteco y esmirriado.

Dejó que saliese antes para no ser estrujada en el pasillo y en las escaleras. En la calle echó a correr hacia su casa.

–Me encuentro mal, voy a acostarme. Por favor, no me despiertes.

Estaba la cama helada y húmeda. Pidió una botella caliente, se la puso a los pies, y creó, para su cuerpo nuevo, un cálido refugio, y allí lo guardó como un tesoro. Pensaba que con aquel cuerpo le gustaría a Cayetano bailar con ella, y hasta la mirarían con envidia. Sintió entonces haber com-

prometido a Carlos. Si bailaba antes con Carlos, se rompería el hechizo, y entregaría a Cayetano el viejo cuerpo encanijado. No bailarían con Carlos. No bailarían. Necesitaba conservar aquella sangre prestada que ahora regaba sus venas y que parecía querer salirse de ellas. Tosió.

—Seguramente que hoy vendrá Rosario.

—¿Qué quiere? ¿Que no me acueste?

—Que dejes el portón arrimado y una luz en el zaguán.

—Hasta mañana.

Paquito salió, pero volvió en seguida.

—¿Sucede algo?

—Un pitillo. Ando mal de tabaco.

Carlos le ofreció el paquete, y Paquito cogió uno.

—Coge más.

—No, gracias. Tengo que acostumbrarme. Estos días estoy ahorrativo, y ya me he quitado de comprar tabaco. Ya sabe para qué. Se acerca la primavera.

Sonrió y salió otra vez. Pisó fuerte por el pasillo. Batió con ruido la puerta de la escalera. Un poco más tarde se le oyó arrimar la del zaguán.

A Carlos se le había ocurrido que aquella noche Rosario tenía que venir. No sabía por qué, ni si era un presentimiento. Había preparado una bandeja con café y galletas y había encendido la chimenea de su dormitorio. Cuando supuso que Paquito ya no subiría, salió de la torre y fue a ver si los leños se habían encendido, si la habitación se calentaba. Llevaba en la mano el quinqué encendido. Tuvo que hacer fuego otra vez, y atizarlo, porque la leña estaba húmeda. Pasó algún tiempo antes de que la llama fuese satisfactoria y segura. Le dolían las rodillas y la espalda. Se incorporó y echó un vistazo. Realmente, la habitación estaba destartalada, había desconchados por todas partes y agujeros en el piso, por los que entraba el aire. Añadió una manta a la cama. Al hallar frías las sábanas, pensó que debiera

haber traído unas botellas de agua para calentarlas, porque Rosario llegaría mojada y tiritando.

Era inexplicable lo de Rosario. Él era pobre, no había más que ver la casa en que vivía. Rosario se engancharía a su pobreza para siempre. Algún día tendría que regalarle algo, un traje, un mantón, unos zapatos, y eso costaba dinero, más de lo que él tenía. En cosas de oro no había ni que pensar. (Rosario, delicadamente, se había despojado de todos los regalos de Cayetano.) Las mujeres no son fácilmente comprensibles.

Salió del dormitorio y volvió a la torre. Pasaba de las diez. Vendría, seguramente, en seguida. Apagó la luz y abrió las maderas de la ventana. La rama del tejo golpeaba los vidrios —como siempre—. Había que cortar aquella rama, tan monótona. Apenas se veía Pueblanueva, pero se oía llover. La casa de Cayetano estaba al fondo, donde la sombra se iluminaba un poco con el resplandor difuso de unos focos eléctricos.

¡Qué poca cosa era, bien pensado, Cayetano! Porque le habían birlado una mujer, cosa que puede sucederle a cualquiera, había armado aquel bochinche del café. Y ahora, seguramente, se pavoneaba con su triunfo, y, cuando levantaba una mano, mostraba el brazo que había disparado setenta y cinco botellas contra otras setenta y cinco, sin fallar una. Si ahora estuviera allí, como había estado unas noches antes, le analizaría el hecho, con todos sus detalles, lo desentrañaría hasta demostrar a Cayetano que, por haberlo hecho, era realmente inferior, y que no era aquél el camino para curarse.

—Porque, en el fondo, eres un neurótico. Esto no hay quien lo mueva.

Se sentía, en cierto modo, poderoso. Comprender a Cayetano era como dominarlo, quizá como poseer su libertad. De proponérselo, podría adivinar sus acciones, prevenirse si fuera necesario. En todo caso, podría imaginarlas con un